

30/4/56

Fernando Romero en Otro Libro

por Sebastián Salazar Bondy

Entre los buenos cuentistas nacionales del presente está Fernando Romero. "Mar y Playa" y "Doce novelas de la selva" son dos de sus títulos más celebrados. Sin embargo, su ausencia del país —hace algunos años que Romero está radicado en los Estados Unidos— ha hecho que el público peruano ignore su labor literaria del último tiempo reunida bajo el título de "Rosarito se despide y otros cuentos", colección que la Editorial del Pacífico de Santiago de Chile puso en circulación en agosto del año pasado. El volumen se exhibe en los escaparates de las librerías chilenas y sólo la casualidad lo hace llegar, como en el caso del que escribe estas líneas, a las manos de un compatriota del autor. "Rosarito se despide" reúne once relatos, que muestran una faz distinta de la fantasía y el estilo de Romero, en los cuales, sin estar ausentes las virtudes que la crítica ha señalado en su obra primigenia, es posible descubrir facultades singulares que antes, por los temas locales que el escritor solía tratar, no se hicieron tan evidentes.

Un escritor —se puede decir parodiando la definición de Ortega— es él y su circunstancia. Su permanencia en Norteamérica ha abierto a los ojos de Romero una perspectiva más amplia sobre el mundo y ha dispuesto sus instrumentos y medios expresivos para la versión de problemas de dimensión menos limitada y, por ende, más profunda. Esto no quiere decir que las creaciones de la primera época carezcan de un interés real, sino que las de hoy, realistas como las fueron aquéllas, intentan a veces ver al hombre peruano desasido de su paisaje y su contorno social, puesto en un complejo humano distinto, en pugna su consistencia vital con un medio al cual se adecúa con dificultad o simplemente no se adecúa. A esta especie pertenecen la narración que da nombre al libro y también el regocijante y dramático cuento que lleva por título "Feliz Año Nuevo". Este último plantea el problema de una chica limeña, casada con un yanqui, que soporta la avalancha de recriminaciones de su suegra, una mujer empeñada en adaptar violentamente a su nuera a las costumbres y prácticas hogareñas norteamericanas. La desesperación de la desterrada la hace cometer más de un error garrafal, hasta concluir con un desaguizado doméstico que no tiene más remedio que resolver con una feroz agresión. El relato posee una virtud indispensable en el género: gana la atención del lector hasta la última frase, donde lo aguarda una sorpresa.

Pero la nueva perspectiva de Romero no se expresa únicamente así. También el autor de "Ro-

sarito se despide" ha aprovechado la situación para penetrar, desde lejos, con mayor libertad y humor, en algunas de nuestras realidades más características. En "Seculo Seculorum", por ejemplo, a la manera de Miguel Angel Asturias, ha pintado un cuadro vivo y brutal de nuestro mundo político. Don Aristóbulo Posada, convertido de la noche a la mañana, por virtud de sus genuflexiones y de la caprichosa voluntad de un dictador, en Ministro de Educación Pública, constituye una figura, de rasgos caricaturescos pero, sin duda alguna, cabales, de cierta fauna palaciega típica de nuestro mundo. A su lado, el maestro León Silvestre Alegre —pomposo funcionario cuya ceremonia de adulación es interrumpida y frustrada por un accidente inesperado— se ofrece como revelación de una clase de individuo propia de la burocracia criolla. El cuento ridiculiza a estos y otros personajes, mas no deja de constituir una sátira general a nuestra organización administrativa, a nuestros vicios cívicos, a nuestra triste condición de país en agraz.

A ese espíritu obedecen "El tapado" —simpática historia de una estafa inteligentemente urdida por un extranjero aprovechando la ingenuidad de cierto pobre empleado municipal— y "Un bel morir tutta la vita onora"— macabra descripción de un funeral en vida, que concluye con una sarcástica muerte—, relatos ambos que aluden a rasgos de la psicología local, cuya comprensión se ha debido probablemente a la meditación, lejos el escritor del Perú, en los caracteres originales de la vida cotidiana de esta comunidad contradictoria y complicada. "La carta", otro de los buenos cuentos del volumen, en cambio, se propone analizar en abstracto la tragedia de una mujer a la cual las apariencias, después de muerta, condenarán como adúltera, así como "La colisión", asunto menos afortunado, narra el sufrimiento de una tripulación submarina en el trance de la agonía. "28 de julio", "El niño vendado", "El traje blanco" y "Hacia ese cielo libre..." —éste el menos valioso de los relatos, tal vez porque aspira a ser algo así como una fábula de trascendencia filosófica— completan con diverso éxito este libro de Fernando Romero que, desdichadamente, no es posible hallar en las librerías de Lima. En verdad, se trata de una víctima más del círculo vicioso a que están condenados nuestros escritores: no hay editores en el Perú, luego los libros peruanos se quedan inéditos, y si se editan en el extranjero, los libros no llegan al Perú, y también permanecen inéditos. Resolver el caso es, ciertamente, dar un paso seguro en beneficio de la cultura nacional.